

Vicente Gracia Planas (Barcelona, 1943). Periodista (Tele/Express, La Vanguardia, El Periódico, Interviú, Playboy...), finalista del Premio Sésamo en 1972 con El calcetín, y autor de Cartas de amor a Franco (1978) y la novela En el nombre del Padre (1980). Entre varios originales sin publicar, Vicente Gracia nos brindó la posibilidad de leer su relato autobiográfico Para que aprendas. Todos en la UEB coincidimos inmediatamente en el enorme interés que ofrecía el texto: autoficción, Ichroman, novela en primera persona... Escrito con una gran franqueza, lo cierto es que el yo textual transmite un aliento de verdad que fascina. El narrador no es persona que posea una idea cómoda de sí mismo y de ahí el valor de su escritura. Testimonio valiente de una infancia, de una época y de una educación, recuerdos, en fin, de los cuales acaba aflorando el escenario de un desastre. Aquí van los tres primeros capítulos de un relato que, de ningún modo, debería seguir en un cajón.

Vicente Gracia

Para que aprendas

1



LA CULPABLE DE todo era mi madre. Esa es la pura verdad. Pero según ella, el culpable de todo era yo. Lo repetía cada día, en voz baja y a gritos, como una ametralladora tiro a tiro o en pavorosas ráfagas. No sólo conseguía enmudecer a los demás sino que, durante los desoladores años de mi infancia, y aún mucho después, incluso yo mismo estuve convencido de ser el culpable de todo. Me adentré en la vida dominado por un sentimiento de culpa aterrador ante el que me encontraba (y me encuentro todavía) indefenso.

Ahora sé que la culpa de todo era de ella, pero eso no impide que con dolorosa frecuencia (unas tres veces por semana) vuelva a obsesionarme la culpa que tan astutamente supo inocular en mi conciencia la inefable señora Evelina, verdadera madre de todas mis inseguridades, miedos y terrores.

Aún ahora, cerca de los cincuenta años, ese territorio áspero y solitario en el que el desencanto, precariedad y deterioro comienzan a forjar renuncias ineludibles, con alguna frecuencia me coge el ataque y me siento culpable de cualquier cosa. Aparecen en la tele, por ejemplo, cuando no hay noticias más importantes, las imágenes terribles de una docena de azules cadáveres de marroquíes ahogados en el mar, o esas hambrunas corrientes en Somalia o Ruanda, y se me corta la respiración. Me falta aire. Se me aceleran las pulsaciones. Una cosa tan normal. Y como vivo solo, aprovecho para llorar, sin que nadie me vea, todo el rato que me da la gana. A veces inundo un par de pañuelos. Mi madre repetía incansablemente que yo era "un débil". En eso tenía toda la razón. "Un sentimental", concluía con desprecio. Y era verdad. Un estúpido sentimental. Pero entonces yo no lo sabía.

Cuando la culpa rebasa los límites de lo soportable, que es siempre relativo, y en mi caso lo soportable es muy poco, envió un cheque a una de esas bondadosas y bien intencionadas organizaciones internacionales -no a cualquiera- para recobrar el equilibrio y retozar aliviado por un instante en ese embriagador láudano que es la buena conciencia. Se mire como se mire, la culpa de todo la tienen siempre los demás, que son tantos. Pero lo peor es que tú siempre eres uno de ellos delante del televisor.

La verdad, la realidad, la comprensión de lo que alguna vez ocurrió, se escuchó, se leyó, se vivió, varía según el punto de vista del observador. Y cuando el observador es, además de testigo, protagonista y narrador, tal como ocurre ahora, el jodido asunto de la verdad se complica mucho. Con estas convicciones por delante, se comprenderá que escribir estas páginas resulte para mi un verdadero suplicio. La sinceridad, además, varía con los años. Y las emociones, y los sentimientos. Todo excepto el sentimiento de culpa que persiste insobornable. Los recuerdos, de mi infancia que a los veinte años me provocaban todavía odio y temor, -los errores se vuelven rencores- a los treinta sólo me producían dolor y reticencia, y ahora, cerca de los cincuenta, un sentimiento de pena mezclado con una extraña forma de ilusionada esperanza por estar vivo y poder comentarlo. Si llegas a vivir lo suficiente terminas comprendiendo que el único argumento serio de la vida es el paso del tiempo. Tanto duelen las cosas como opinamos que duelen. Nuestro bien y nuestro mal sólo dependen de nosotros. Y eso es todo.

2

Cuatro meses antes de que yo llegara a este mundo, a principios de 1941, mi padre lo había abandonado para siempre, asesinado por unos malhechores en un arrabal de Vallcarca. Creo que esta ausencia fue un horroroso vacío que nada ni nadie llenó nunca, y menos que nadie mi madre, que se ocupó de llenarlo de silencio y de dolor hasta donde pudo. Por mi bien, claro. Eso ya saldrá más adelante. Porque todo su desprecio y su desamor era por mi bien. Para que me hiciera un hombre.

Mi madre sobrevivió a los duros años de posguerra en un desasosegante estado de contrariedad e insatisfacción sin resquicios que compartió conmigo.

Su sombría mirada -que yo procuraba evitar ocultándome con miedo por los rincones- caía sobre mi airadamente, con ojos distantes y ofendidos, sin ocultar nunca el áspero desprecio que le producía mi debilidad de carácter, mi falta de luces y habilidades naturales. En eso otro también tenía razón. Pero yo tampoco lo sabía y pensaba (no pensaba nada, como la mayoría de los niños solo sentía) que era muy injusta conmigo.

Nunca me sentí muy apreciado y mucho menos querido. Probablemente no fui un niño deseado. Más bien creo que resulté un accidente imprevisto, otro más, después de que, anteriormente, ella hubiera visto morir en misteriosos accidentes a otros tres hijos ya mayorcitos. Cuando mataron a mi padre, mi madre tomó la decisión de cortar radicalmente con su trágico pasado (cosa que no consiguió porque ella misma es una tragedia) y cambiar el rumbo de su vida, lo que en cierto aspecto, el económico, que era el único que le interesaba, logró aceptablemente.

Pero quizá no esté yo del todo en lo cierto cuando digo que ella quiso dejar atrás y olvidar su terrible pasado porque, de algún modo expresó la voluntad de perpetuarlo cuando me bautizó en la capilla del Santo Cristo de Lepanto de la Catedral, con el mismo nombre de mi padre, Raimundo. Un nombre lleno de complicaciones.

Tenía treinta y cuatro años cuando nací yo, y un pasado tan violento y triste como la Historia de España. Pero era muy guapa. Se parecía a Ava Gardner. El principal rasgo positivo de su carácter era una fuerza de voluntad brutal modelada en granito. Un coraje sin límites y una capacidad de trabajo despiadada. Casi analfabeta e ignorante de todo excepto de las cuatro toscas verdades que se podían aprender entonces en una pobre masía catalana. Resumidas significaban que la vida es una lucha cruel en la que los astutos y los fuertes vencen a los débiles e incautos y que, mientras tanto, para comer hay que trabajar. Casi nada religiosa pero aficionada a los curanderismos. Enérgica como un rayo y con la fuerza de un bulldozer.

Vivíamos solos en una amplia y soleada buhardilla de una casa de tres plantas de insólita arquitectura neoclásica de la zona alta de La Bonanova. Rodeaban el edificio frondosos jardines con azules glicinias y

lilosas bugambilias que se emparraban por las paredes. Gil de Biedma en su poesía, añade nísperos, campanillas violadas, adelfas, copos floridos, y, sobre todo, la grava del jardín que cruje bajo los neumáticos del automóvil negro.

Aquel era nuestro barrio y nuestra grava. Allí nací yo. En lo más alto de la calle Vilana, en La Bonanova, a un centenar de metros del Paseo que da nombre al barrio más burgués, rico, acomodado y poético de Barcelona desde hace al menos un siglo. En el punto más alto he dicho: junto a un ghetto olvidado por la poética de mis amigos, el tenebroso Asilo Durán, que encaramado en la falda del Tibidabo, dominaba ilusoriamente el barrio.

Desde que nací y hasta que cumplí los tres años, mi madre me llevó cada día a su trabajo metido en un capacho de enea. Cogía puntos de media en una pequeña mercería del Paseo de la Bonanova, -que increíblemente todavía existe- junto a la plaza Sarriá, casi delante de la poética pastelería Foix. Trabajaba encorvada diez horas al día frente a una pequeña maquinilla eléctrica cuyo laborioso zumbido me adornecía.

Transcurrían plácidamente los felices años cuarenta de la España de las cartillas de racionamiento, del estraperlo y de la autarquía. Pero en la Bonanova todo eso llegaba amortiguado por una placidez discreta, un disimulo y un decoro gris muy propio de vecino de la calle Pomaret, jardín con torre, claro, y veraneo de tres meses en Llafranc. Pániker, Gil de Biedma, los GoytisoLo, admirables personajes, esos sí y no yo, representativos del barrio "gris claro" en el que, para mi desgracia, yo era ese penoso y lamentable punto negro que nunca falta.

La paz franquista del barrio solo muy de vez en cuando era rota por el paso estruendoso de algún automóvil o el desplome de un pobre, nunca vecino del barrio, que caía al suelo desmayado por el hambre, aunque mi madre aseguraba que se trataba de fingimientos y astucias para conseguir una limosna clandestina. Mi madre no se compadecía nunca de ningún pobre. Sentía para sus iguales un indisimulado desprecio. En realidad, para ser sincero, odiaba a los pobres con furia vesánica. (Todavía ahora, cerca de los noventa años pletóricos de buena salud, continúa odiándolos con igual intensidad.)

El odio a los pobres fue la motivación principal (existían también otras subsidiarias pero concomitantes que ya irán apareciendo) para que, pocas semanas después de la muerte de mi padre, abandonara el hasta entonces domicilio familiar. Adiós para siempre al popular Paralelo de Antonio Machín y Juanito Valderrama que ella miraba por encima del hombro. Música andaluza. Adiós a las pipas de girasol y la regaliz, a las calles de hambre y prostitución, a las miserias de la posguerra y a toda la parentela. Hasta la Bonanova no llegaban jamás la soldadesca de la VI flota americana, ni los parientes pobres. No soportaba a los pobres ni su ostensible mal gusto. Era algo superior a sus fuerzas. Y es que mi madre aspiraba no sólo a la riqueza sino a la distinción más exquisita. Y yo era un estorbo para sus propósitos. El culpable de todas sus fatigas. Porque yo todo lo hago por ti. Una nueva desgracia que le había enviado el cielo.

—¡A ver! ¡A ver!— interpelaba al altísimo a grito pelado y levantando el puño por la claraboya — ¡qué he hecho yo para merecer este castigo?— y me contemplaba regodeándose en su desprecio ante el injusto castigo que era yo. Porque yo tenía la culpa de todo.

3

Los más acreditados colegios estaban cerca de casa. Igual que ahora. Lo esencial nunca cambia. Un feudo del sector más impresentable de la Iglesia acomodada al servicio de las que eran, y continúan siendo, las mejores familias. Allí educaban a sus vástagos para continuar con el gobierno de la ciudad. Urdidores para siempre de todas las especulaciones fraudulentas o no, miserias y estraperlos propios de su clase y educación, que es lo mismo. Eran los mejores, y sobre todo, los más caros. Y todos vecinos nuestros: Jesuitas, Escuelas Pías, Hermanos de la Salle.

En La Salle Bonanova, donde después fui yo, tenían también una sección gratuita para *niños pobres*. Pero yo, por razones que desconozco, fui a la de pago, con los ricos, ese azote de dios, esa cuadrilla de desalmados a la que mi madre quería que nos apuntáramos a toda prisas para ser como ellos.

El Colegio de la Inmaculada, de niñas, era el único que admitía párvulos. Y era el que quedaba más cerca de casa, en el mismo Paseo, entre las calles

Homero y Mandri. La calle Mandri era a finales de los cuarenta un barranco que se perdía en una hondonada de zarzas que lindaba al fondo, de forma imprecisa, confundiendo con los jardines y los productivos huertos de la comunidad Inmaculada. Y allí se dirigió mi madre cuando cumplí los tres años. Tras echarle un vistazo le informaron de que no quedaban plazas disponibles. Pero eso no la arredró.

—¡Tienen que ayudarme, Madre! ¡Por caridad!— gimoteaba arrodillándose humilde y devota para tratar de besarle la mano, en una interpretación que tenía muy ensayada y le salía muy bien. —¡Compádecase de una pobre viuda trabajadora! ¡Por el amor de Dios! ¡Hágalo por caridad...!— imploraba de rodillas, apretando los puños con fingido miedo, al borde del llanto.

Nunca olvidaba insistir en el tema de la *caridad*. Era muy aficionada. La hierática y distante Madre Superiora de almidonado pechero y cordones azules no supo sustraerse al acento de autenticidad que mi madre exageraba. Se rindió enseguida y aceptó todas sus condiciones. Morderse los puños y fingir que iba a echarse a llorar era uno de sus mejores trucos. Le salía muy bien. Completamente convincente. Consiguió una tarifa simbólica.

Ni siquiera el impedimento de mi corta edad —tenía tres años, uno menos del fijado como límite para entrar— fue un obstáculo. Y no solo eso sino que mi madre, empleándose a fondo, consiguió que Palmira, una niña de catorce años que trabajaba como criada en el Colegio, me recogiera cada mañana para llevarme de la mano, como un ángel guardián protector, que eso es lo que fuiste para mi, querida Palmira, durante aquellos cuatro años de infierno.

Me bastaron pocos días para descubrir que casi todos los niños ricos eran seres siniestros. Todos muy bien vestidos con ropas insultantemente distintas de las mías, tan modestas, prácticamente menesterosas, confeccionadas por mi madre de noche o el domingo por la tarde. Se daba muchísima maña para coser. Había sido profesora de Corte y confección durante la guerra civil, en Rosas. Todo muy meritorio y emocionante, sí, pero mis pantaloncitos eran ridículos comparados con los que vestían los otros. Y es que, maldición, los otros eran los hijos de las familias de la burguesía más antigua, los Valls Taberner, los

Bertrand, los Viladomiu y toda la panda bunquerizada ahora en el Opus Dei.

¿Y que decir de sus refinadas meriendas de pan con mantequilla y jamón, o queso, chocolate, mermelada, embutidos, etc. etc. productos cuya existencia conocía yo sólo por el nombre y algunas reproducciones que había visto pintadas en los anuncios y calendarios? Ante sus apetitosos panecillos yo ni siquiera me atrevía, por pudor, paralizado por la vergüenza, a comerme mi insípido pan y manzana.

Empecé por entonces a elaborar toneladas de resentimiento contemplándolos de reojo pero, al mismo tiempo, aguantando las lágrimas, reprimido por el miedo. No era solamente el niño más pobre sino también, el más pequeño y torpe del colegio. El más débil. Por eso no tiene que extrañar que me convirtieran en su escupidera preferida. Los niños son muy crueles. Y los niños ricos mucho más todavía. Los niños aprenden pronto lo que ven en casa. Mi ignorancia, mi insuficiencia, mi timidez y mi pobreza les divertía. Se reían de mí continuamente y yo les temía. Me refugié muy pronto en el llanto, entre hipidos y mocos, ocultándome en el fondo del jardín, para evitarles tentaciones, protegiendo mi inseguridad y mi miedo donde los silbidos de los mirlos y los trinos de las alondras eran más claros, y más perfumado y penetrante el olor de la oxicanta y las lilas. Pero no siempre lo conseguía. Y es que las monjas tenían la tendencia a abandonarme a mi propia suerte, despreocupándose no solo de mi problema (social), sino incluso de mí mismo.

Aprendí a convertir la amenaza constante del recreo en la forma de recobrar mi libertad perdiéndome por aquellos bosquecillos quebrados por barrancos inaccesibles, y por tanto seguros. Pero una aciaga tarde los señoritos querían divertirse. Fueron en mi busca con palos, jugando a perseguirme como a un animal oculto, adentrándose en la zona más boscosa del jardín (o bosque de Sherwood). Yo los vi venir y procuré evitarlos pero dieron conmigo. Prorrumpieron en gritos de triunfo y me rodearon por si yo ofrecía resistencia. Pero lo único que hice fue esconderme. Se excitaban dándome empujones, echándome como un bulto —“un bulto”, eso es lo que tú eres, me repetía mi madre— los unos en los brazos de los otros. Yo todavía no lloraba. Me tiraron al suelo e impedían con sus palos que me levantara. Entre

grandes risotadas que fortalecían su compañerismo y envalentonamiento, los angelitos se divertían simulando que iban a mearse encima mío.

La música de fondo de la juerga era un eficaz pareado:

— R a i m u u u u n d o , i n m u u u u n d o ,
Raimuuuuundo, inmuuuuuundo...

Y unos metros más lejos, observándonos con curiosidad perversa, una docena de niñas. Me sentía tan débil y tan acobardado, tan impotente, que rompí a llorar sin poder contener mi desesperación. Se me aflojaron los resortes del alma, también cedieron los esfínteres del cuerpo y -literalmente- me cagué de miedo pierna abajo hasta los zapatos. Ante una reacción física tan escandalosa mis buenos amigos quedaron tan estupefactos como yo. Pero enseguida reaccionaron. Y no fue precisamente la piedad ni la compasión lo que afloró de sus miradas tras la sorpresa sino renovados estímulos para la crueldad.

—Raimuuuundo, cagóooooonnn, Raimundo,
cagóoooooon...

La envenenada cantinela retumbaba en mis oídos y llegaba hasta la plaza Bonanova. Y dentro de todo, lo que me resultaba más doloroso, no era tanto el hecho en sí sino comprender que mis amiguitos estaban en lo cierto, yo era un tipo inmundado y cagón. Se veía y se olía.

Pero lo nauseabundo interesa en todas partes. El escándalo que se había armado era tan grande que acudieron todos los niños del colegio. Y yo, muerto de vergüenza y de asco de mi mismo me sentía repugnante viendo como Marisol, una niña de ojos azules y cabellos rubios que solía dirigirme algunas veces miradas como de ternura, me contemplaba ahora horrorizada mientras el churretón se deslizaba por mi pierna. Sin poder hacer yo nada. Sin saber lo que tenía que hacer. Sólo quería morirme. Tenía razón mi madre cuando maldecía el momento en que llegué al mundo en forma de problema. Tenía razón. Yo era un gran problema. No había más que verme. Un maldito problema lleno de mierda.

Yo gemía y lloraba con una convicción verdaderamente honda y sentida, y ese era mi único consue-

lo, la autenticidad de mis sentimientos. Pero mientras me lamentaba sin defenderme de las injusticias de las que era víctima -cobarde actitud que he prolongado a lo largo de mi vida, con variada suerte- y me dedicaba a llorar inútilmente (impidiendo mis lágrimas maravillarme con el fulgor de las estrellas del firmamento, sección proverbios inútiles, departamento construcciones sarcásticas) los otros, como es natural, se crecían y envalentonaban en el calor de la jarana.

Nada te hace más valiente que la debilidad del enemigo. Así que comenzaron a echarme piedras. Ya he dicho que eran casi todos unos grandísimos mal nacidos. Pero a los más tiernos vástagos de las mejores familias de Barcelona, aquello parecía excitarlos. El caso pintoresco, que tampoco nunca falta en Balzac, es que entre aquellos homicidas, sólo uno, Narciso Serra, reaccionó, con coraje y bravura. Se puso a mi lado y me defendió de la cobarde horda apartándolos con el pecho, en actitud retadora, en gesto noble muy suyo entonces, no sé ahora, hasta conseguir que me dejaran en paz, protegiéndome mucho tiempo, haciéndome compañía a pesar del nauseabundo olor, hasta que, cuando ya anochecía, llegó Palmira. Me cogió alborozada entre sus brazos para llevarme al lavadero entre risas, besos, achuchones y caricias, sin temor a mancharse con mis lágrimas, mis mocos y mi mierda. Al contrario, como si yo fuera un ser maravilloso y adorable, me dedicaba encendidas palabras de cariño y aseguraba a gritos, para que lo oyeran bien todas las monjas, que yo era el niño más guapo del colegio. Y Narciso, sonriendo cautamente con las cejas levantadas, decía que sí con la cabeza, pero sin comprometerse mucho.

Desde entonces, Narciso, con su divertido carrillón de tics en la cara, se convirtió en mi protector transmitiéndome coraje con la mirada. Y con los años, su buena acción, fue premiada (o castigada, quien sabe) con la Vicepresidencia del Gobierno de España, cuando ahora escribo, en las postrimerías, dicen, de la hégira socialista. Entonces era un niño buenísimo, muy listo y prudente, voluntarioso, ignorante de la miseria que nos rodeaba, consagrado únicamente a estudiar, jugar y hacer el bien y la justicia. Con frecuencia pasaba yo muchas horas escuchando como su tía monja, Sor Mercedes, le daba las clases de piano, exta-

siado ante aquel reconfortante espectáculo de bondad, verdad y belleza.

Las monjas no eran realmente malas conmigo a pesar de su displicencia distante. De la que recibí mejor y más afectuoso trato fue de Sor Mercedes, tan guapa y distinta de las otras que no podías entender que fuera monja. Sobreviví a aquel infierno del parvulario gracias a Narciso y su hermano Luis, que me brindaron su protección, a su tía y a Palmira, alegre libro de versos de mi infancia.

Por las noches, cuatro o cinco horas después de que todas las criadas, doncellas, chóferes y madres hubieran recogido a mis compañeros, pasaba a recogerme mi madre con un humor de perros. Sólo aquel interregno de cuatro horas me permitía respirar sin miedo, jugando con Palmira o con el señor Horacio, el jardinero de las monjas, una bellísima persona de la que me hice muy amigo, vagando por estancias vacías, imaginando vidas imposibles.

Cuando obscurecía, para no sentirme tan solo en aquella desangelada sala de visitas, me abrazaba a una enorme y amenazadora serpiente disecada. Se deslizaba sigilosamente desde lo alto de un tronco instalado sobre una tarima en un rincón de la sala. Las monjas de la Inmaculada Concepción eran muy aficionadas a las serpientes. Sor Mercedes decía que aquella era una serpiente buena.

Cuando llegaba mi madre se acababa bruscamente el ensueño y comenzaba de nuevo el infierno de la realidad. Lo primero de todo, me reñía un buen rato hasta que derivaba al repetitivo asunto de los sacrificios que hacía por mí y lo mucho que me quería mientras yo no servía para nada y era un inútil, un pusilánime y un vago. Tenía razón, pero yo entonces no era capaz de darme cuenta.

Se quejaba de lo llenos que iban los tranvías, de que los tenderos escatimaban y robaban, de lo caro que era todo, de lo cansadísima que estaba de lo mucho que tenía que aguantar. Pero pronto volvía sobre mí:

—A ver, *Raimundu* (porque mi madre pretendía resultar graciosa deformando mi nombre de esa forma grotesca y humillante), ¿qué has aprendido hoy?

Yo me encogía de hombros, ella se desesperaba y me hacía ir delante animándome con patadas y coscorriones. Siempre estaba muy cansada pero siempre encontraba fuerzas para meterse conmigo. La verdad es fácil de comprender: era una mujer obsesiva, agobiada y asustada que cada noche, cuando salía de la mercería, con una fuerza de voluntad y un espíritu de lucha y superación admirables, acudía a la célebre escuela de masaje dirigida por el Doctor Ferrándiz, un nombre que mi madre pronunciaba con una unción y un respeto sincero. Quería ser masajista porque ganaría más que cogiendo puntos de media. Eso de coger puntos de media tenía un porvenir muy limitado. Estaba obsesionada por el porvenir. —¡Si quieres tener porvenir, tienes que estudiar para ganar mucho dinero el día de mañana y que yo no tenga que trabajar! ¡Mal hijo! ¡Que eres un mal hijo! ¡No me das más que disgustos! ¡Disfrutas haciéndome sufrir! ¡Verdad que sí? ¡Verdad que disfrutas?

No estaba dispuesto a seguirle el juego en aquel permanente desvarío. Permanecía callado e ido, pensando en otras cosas, imaginando que con buena voluntad podrían ser de otra manera pero sin ninguna convicción, consciente de no tener escapatoria.

Pero mientras yo pasaba las horas perdido en fantasías o llorando mis desgracias y vergüenza, también perdía la oportunidad de aprender a leer. Las monjas, como yo era tan pequeño y desvalido, dejaban que hiciera lo que me diera la gana. Cuando cumplí los siete años y tuve que hacer la Primera Comunión, como todos los demás niños, -cumbre eucarística y social que ponía fin a nuestra educación allí- se descubrió que yo era todavía analfabeto. En aquellas condiciones, no podía *recibir al Señor*.

Mi madre montó en cólera contra mí, contra las monjas y contra el Señor. A mi me roció de insultantes vituperios por mi torpeza, a las monjas por su inhumanidad y descuido y al Señor por enviarle tantos castigos.

—Si el niño no ha aprendido a leer, es culpa de ustedes, por no enseñarle— protestó mi madre a la circunspecta y envarada Madre Superiora que había comenzado a temblar.

—Todas las Hermanas que lo han probado no han podido con él.

—¡Pero el niño no es tonto!— exclamó mi madre, con gran asombro mío, convencido como estaba yo de lo contrario.

—No, no es tonto— confirmó la madre Superiora mirándome displicentemente de reojo— pero no se fija. Le cuesta concentrarse. —Pero...¡algo habrá que hacer!— insistió ella con terquedad. —Quizá la madre Sor Ignacia pudiera...

Sor Ignacia era una Madre jubilada que ya no daba clases. Era muy alta, severa, distinguida, con la piel del cutis como melocotón y unas manos alargadas y huesudas, muy bonitas, terminadas en unas cuidadas uñas de aristócrata. Sor Ignacia ya sabía quién era yo. Conocía mis escapadas por los jardines y mi propensión a la vida disoluta y ociosa, a la conducta irregular y a una reiterada resistencia a la autoridad. No ignoraba tampoco mi rebeldía natural ante las jerarquías, mi desobediencia e indisciplina.

En consecuencia, Sor Ignacia me agarró del brazo como un cepo con aquellas bellísimas pero firmes manos de hueso y ya no me lo soltó en dos semanas. Sujeto por el brazo como un delincuente infantil, me condujo a su celda atravesando el recinto privado de las madres, serrallo íntimo del Señor, donde nadie podía entrar. No supe valorar aquella excepción hasta que comprendí quién era Sor Ignacia y el objetivo que se había propuesto. Me sentó en una silla, abrió un libro grande ante mis ojos, se instaló a mi lado y me dijo:

—Y ahora, Raimundo, vamos a aprender a leer...— y suspiró con resolución, como dando la cosa por hecha, mientras yo me sentía muy incapaz. Su confianza me impresionó. Parecía completamente convencida de lo que decía. Y pronto me di cuenta de que era más fuerte que yo. Extendió el dedo, señaló la primera sílaba de la primera línea y dijo:

—Mi mamá me mima. Ahora repítelo tú. A ver, mi...

Yo no abrí la boca. Sabía por experiencia que en cuanto empezaba a ceder, la cosa terminaba liándose contra mí. Lo mejor en esta vida es hacerse siempre el tonto. Eso lo tenía yo muy claro. Era lo más fácil. Hacer como que no entendías lo que te estaban

diciendo, lo que, por lo demás era bastante exacto. Entendía lo que me decían, pero me faltaban datos suficientes para comprender cuál era realmente mi situación respecto a lo que me decían.

—Repíte: Mi... —insistía Sor Ignacia— Vamos, no me hagas enfadar...

Como yo permanecía impasible, Sor Ignacia apretó su garra en mi brazo. Terminé comprendiendo que aquella mujer estaba dispuesta a todo y que no tenía escapatoria posible. La muy astuta había cerrado la celda con llave y se la había guardado en uno de aquellos enormes bolsillos como catacumbas cristianas. Había intentado dar algunos tirones, pero la mano me sujetaba como una tenaza de hierro. De mala gana y sin ocultar mi desagrado, balbuceé:

—Mi ma-má... me mi-ma.

—Muy bien— dijo Sor Ignacia señalando la segunda línea.

Y así, hasta que aprendí a leer. De todas formas no pude hacer la primera comunión con los demás niños. La hice dos semanas después, aparte, con otro muchacho paliducho y enclenque, Elizalde, que había estado enfermo, aunque a mi me parecía que continuaba estándolo. Cerrando los ojos era muy fácil imaginar muerto a Elizalde, uno de los últimos y más enfermos eslabones de la saga de legendaria fortuna.

El pobre Elizalde, ojeroso y con la piel blanca y transparente, iba aquel día vestido con un impecable traje azul de Almirante, adornado de galones y dorados centelleantes. Pero a mi me daba pena Elizalde. Yo vestía un traje gris, "discretito pero digno", según mi madre, cortado para la ocasión por un sastre vecino. Nada que ver con el del Almirante, claro. La comparación, a pesar de la buena voluntad de mi madre, continuaba resultando ridícula. Pero ya estaba acostumbrado. Comulgamos arrodillados en la capilla adornada con incontables flores y tantos cirios encendidos que se te acaloraba toda la cara. Y detrás, nuestras respectivas familias. Es decir, la familia de Elizalde que se apretujaba ocupando todos los bancos, trajeados, resplandecientes, enojados, adornadas ellas con grandes pamelas.

Y detrás mío, solitaria y solidaria, doña Avelina, contenía los nervios y el azoramiento con aceptable dignidad. Elegante vestida de negro, con un traje chaqueta bien cortado, estirada pero muy guapa. Enarbolaba su mejor sonrisa, -la de tratar a los ricos y poderosos- vigilándome, muy digna, al lado de la impresionante mamá de Elizalde, sacada de un cuadro, cargadita de oro, envuelta con mantilla negra y gran peineta, derrochando clase, buen gusto, estilo y sobre todo, dinero.

Codeándose dignamente con las alturas. Estando en su sitio, muy amable, sonriéndome. Simulando ser una madre buena, como las demás, las madres de los otros, en vez de la cruel alimaña que era. Por unos minutos la mujer era feliz. Fotografiándose al lado de la respetable señora Elizalde. Deslumbrada por los flashes del fotógrafo que provocaban su buen humor. ¡Alternando con los Elizalde! Feliz por estar allí. Pero nerviosa. Probablemente pensando en el porvenir. Dirigién-

dome de reojo, procurando no ser vista, miradas de rencor porque, con toda seguridad, yo estaba haciendo algo mal. Como mínimo, no andar derecho.

—¡Ponte derecho!— repetía continuamente. Y era cierto que caminaba siempre encorvado. Todavía lo hago. —¿Cómo no te da vergüenza ser así?— insistía. Y en eso se equivocaba pues sentía una gran vergüenza por mí y por ella, y no sólo vergüenza sino desprecio de mí mismo.

A veces se apoderaba de mí un sufrimiento tan cortante que sólo concebía una única solución aceptable y hasta deseable: mi propia desaparición. Las personas a veces se suicidaban. Se lo había explicado el señor Horacio, en el huerto, mientras regaba las tomateras. Cuando se cansaban de vivir. Y yo lo escuchaba muy atentamente, con temor de que descubriera lo que estaba pensando. Se tiraban a un pozo y dejaban de sufrir.